



**E**n los primeros días de enero subí de buena mañana, como todos los años que puedo y mientras la salud me lo permita, hasta el castro. Esta vez con un sol de espanto, absoluto, como del 'Quijote', ni una nube en toda la semana, pero tras una helada inmisericorde, nueve bajo cero, según me dijo a las afueras del pueblo uno de los enterados del lugar. El escarchazo, en las umbrías, era realmente de miedo, si bien no había ni rastro de nieve, sólo una poca, a lo lejos, en las cumbres de Cebollera y del Moncayo, que tenían más en el julio último. Así que no pude pasarme, como otros años, ante las huellas de los animales ni de los gorrienzuelos y demás pájaros.

No disfruté, pues, de esas filigranas primorosas, de la escritura más sutil sobre la nevada, pero llevaba conmigo 'Poemas amorosos del Mannoosshuu' (Hiperión), una

colección de tankas y algún sedooka, estrofas que, a mi juicio, con la misma brevedad sugerente y atenta emoción, permiten una respiración del contenido que amplía lo fotográfico del jaiku. En todo caso, los poemas japoneses antiguos me recuerdan siempre la caligrafía y la delicada finura de las leves pisadas de las aves. El libro, una cuidada edición bilingüe, está formado por noventa poemas amorosos escogidos por orden cronológico y buscando la paridad de género, entre los más de cuatro mil que recoge la magna 'Colección de las diez mil hojas', la primera y heterogénea recopilación de la lírica japonesa, que ya fuera publicada hace años al cuidado de Antonio Cabezas –cerca de mil textos que avecinó y fundió con el flamenco– por la misma editorial.

Parece ser, según apuntan los traductores en el prólogo, que de natural el japonés tiende al recato emotivo, rara vez

se muestra apasionado, si bien en estos versos a flor de gesto y de caricia, se enfatiza lo sensorial, se alcanza incluso, de soslayo, cierto toque de erotismo, a menudo furtivo. Aunque no faltan los motivos universales como la ternura, la pena, la fidelidad conyugal, el adulterio, el reencontro, la nostalgia o la melancolía por la despedida o la ausencia, muchas veces con la apoyatura del simbolismo natural. Al cabo de diez siglos los poemas conservan una frescura poco común. Uno de mis favoritos, el último, dice: «Noche de escarcha, susurran los bambúes./Ni siete mantas/darían el calor/de la piel de mi amada».

Cuando siento el silencio sobrehumano del campo, que lo dice todo en su secreto, me vienen escenas de los filmes de Andréi Tarkovski, el cineasta que mejor ha sabido transmitir el silencio, ese silencio primordial, por encima y fuera de este mundo, de su rui-

## UN ÁNGULO ME BASTA

**FERMÍN  
HERRERO**



do de moscas. Y pensar que murió a mi edad. En 'Atrapad la vida' (Errata Naturae) reúne los apuntes, revisados por él mismo para su publicación aunque al cabo hayan visto la luz muchos años después de su muerte, que dictó en las clases de posgrado de la Comisión Cinematográfica del Estado Soviético, así como varios artículos dispersos en revistas, todo ello complementario de su obra escrita más conocida, al menos en nuestro idioma, 'Esculpir en el tiempo', que según parece debiera ser 'Esculpir el tiempo'.

Sorprendentemente, en relación con lo anterior y al menos para mí, utiliza el jaiku en las explicaciones para sus alumnos, que se apoyan en análisis de sus directores fetiches: Fellini, Buñuel, Godard, Welles, Antonioni, Clair, Casavetes, Eisenstein, Iosseliani..., con Bergman y, sobre todo, Bresson a la cabeza, lo más granado, los nombres mayores del cine de autor euro-

peo, que defiende a ultranza frente al cine chabacano y de entretenimiento. No concibe el séptimo arte como otra manera de evadirse ni como negocio y distracción al servicio del atontamiento del espectador y del espectáculo, sino que cifra su singularidad estética, su esencia, su alma, en que es capaz de atrapar y conservar, de «fijar la realidad del tiempo», a tal extremo que lo considera, como decíamos, «escultura del tiempo».

En el prologo, los editores, a falta de mejor definición, llaman a este manojito de agudas apreciaciones cinematográficas, con bastante exactitud, «vibraciones» de ese «absoluto indecible» que desprende el cine inigualable del director de 'Sacrificio', 'Solaris' o 'Stalker' y resiste cualquier interpretación. Por tanto, tal vez toda teorización sea estéril. Y, sin embargo, en este libro esclarecedor, en efecto vibrante, devienen muy valiosos sus comenta-

# SEGUIR LAS HUELLAS

## A la zaga de nombres mayores

Huellas en la playa  
de Bronte, en Sídney  
(Australia).

•• TIM WIMBORNE-REUTERS



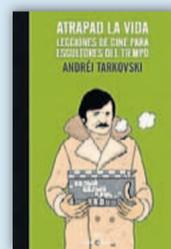
### POEMAS AMOROSOS DEL MANYOOSHU

V.V.A.A., Hiperión, 136 pp., 16 €.



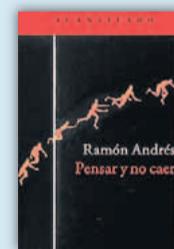
### HUELLAS (TRAS LOS PASOS DE LOS ROMÁNTICOS)

Richard Holmes, Turner, 324 pp., 24 €.



### ATRAPAD LA VIDA

Andréi Tarkovski, Errata Naturae, 184 pp., 18 €.



### PENSAR Y NO CAER

Ramón Andrés, Acantilado, 224 pp., 20 €.

rios sobre sonido, vestuario, actores, guionistas, realización, montaje, ritmo e intrínquilis de algunas de sus películas.

Por encima de todo, con un tono reflexivo y hasta sentencioso, destaca, decisiva, la mirada interior del cineasta, que matiza cualquier aspecto, sin dar nada por sentado, excepto su fe en la imagen como verdad absoluta, inquebrantable. Hacia la catarsis, la purificación espiritual, Tarkovski defiende que el cine, que entiende como «dedicación moral», «está obligado a no ensombrecer la realidad, sino a revelarla». Y ya hacia 1970, alerta contra los males de nuestro tiempo: «pragmatismo, consumismo, nada». Si levantara la cabeza y viera lo que pasa hoy en día...

Richard Holmes, por su parte, acompaña y revive los pasos de escritores admirados en 'Huellas'. Se trata de un biógrafo muy reputado en su patria, y ya sabemos cómo se

las gastan, en este terreno, con qué perspicacia sabueso y rigor profesional, aparte de una identificación a veces enfermiza con el biografiado, los británicos. No hay quien se les pueda comparar. El libro en su conjunto es a mayores, en el fondo, una autobiografía diacrónica, a través de varias catas en etapas de su vida, con un intervalo de cuatro años. Además de una reivindicación del viajar por viajar, de la libertad del viaje, campando a sus anchas, con voluntad en cierto modo ascética, incluso metafísica.

También en Turner se publicó hace cinco años 'La edad de los prodigios', que alcanzó cierto renombre, igualmente con connotaciones románticas, período en el que es consumado especialista. En 'Huellas' traza en paralelo, con afán entre aventurero y bohemio, retoma y recobra, mochila al hombro, a modo de diario de viaje, la caminata iniciática, junto a su burra porteadora,

de Stevenson, cuya figura, «rodeado de cielo», recupera a través de sus anotaciones, por las Cevenas, en las tierras altas francesas.

Escudriña el agitado periplo italiano de P.B.Shelley, sobre todo por los Apeninos toscanos, hasta la bahía frente a la que naufragó y se ahogó, sus lios amorosos, visiones y pesadillas, que me han llevado a evocar la extraordinaria película de Gonzalo Suárez 'Remando al viento'. Vaga como un 'flâneur' por París para escribir una novela sobre mayo del 68 a la zaga de Hemingway hasta que cae, a partir de un humorista gráfico que fotografió varias veces a Baudelaire, en la figura del suicida Nerval, autodestructivo y refinado, el romántico más arrebatador y onírico, autor de la delirante, maravillosa y visionaria 'Aurélia'. Antes, en la convulsa primavera citada, cuando los sueños parecían que iban a hacerse realidad, rememora las andan-

zas francesas de Wordsworth en pos de la revolución y de la desdichada Mary Wollstonecraft, pionera a finales del XVIII del feminismo, madre de la autora de 'Frankenstein' y por tanto suegra de Shelley. Diríase que cada capítulo es un libro en sí mismo.

La penetración psicológica en estos escritores a los que se acerca es excepcional y el ritmo de la prosa, trepidante. Los pasajes narrativos están resueltos con una agilidad pasmosa, aligeran la carga investigadora de las exégesis, siempre curiosas e interesantes, y de las amenas digresiones. Esto último sería aplicable a

**Ramón Andrés explora el ensayo creativo que suele desembocar en diagnóstico certero**

'Pensar y no caer' (Acantilado), reunión de ensayos, con excelentes ilustraciones, de Ramón Andrés que secundan y respaldan la estela de obras de fuste. A diferencia de otros títulos suyos, espléndidos, cada cual a su manera: 'El luthier de Delft', 'No sufrir compañía', 'Semper dolens', 'Johann Sebastian Bach', 'El mundo en el oído', cuya simple enumeración me emociona y me devuelve gozoso al clásico deleitar aprendiendo, que recrean una época, una personalidad o un tema, en este volumen agavilla acercamientos varios. Como el libro, obra musical o película de la que parte no es sino un centro de irradiación o punto de apoyo, lo mismo da que se haya leído, visto u oído que no. En mi caso conocía los escritos de Sebald, Agamben, Sloterdijk, así como los de Brodsky y Matvejević, que he comentado aquí, pero no el de Földényi. Igual da. Son diez lecciones harto provechosas

en todas las materias que abordan (el presente y el destino de Europa; el hombre, el animal y viceversa; los estragos del cornezuelo...) y desde todos los ángulos que se contemplan. Un prodigio de erudición muy bien traída y ensamblada con gracia persuasiva. El conocimiento de causa, profundo, nunca aplasta el discurrir de un pensamiento original. La escritura de Andrés adquiere desde la primera línea de cada texto una autonomía literaria propia, jugosa y sugerente; más allá del ensayo crítico o de ideas al uso, explora una especie de ensayo creativo que suele desembocar en un diagnóstico certero de la situación actual: el señorío de la muerte y la nada profética de Nietzsche, de la envidia y la murmuración con internet a la cabeza, el culto a lo atlético, la diversión y la molice como doctrinas, la pérdida del nivel de exigencia en todos los terrenos... Lo que hay, vaya.